

***Relato de un oficial***  
**León Trotsky**  
**1912**

(Versión al castellano desde “Récit d’un officier”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 224-229. De los archivos. Datamos a fines del año a fin de organización provisional en nuestra serie.)

- El avance del ejército búlgaro fue impresionante por su velocidad y regularidad. Si lo siguiéramos en un mapa, tendríamos la impresión de que las unidades se habían desplazado ordenadamente de una posición a otra, como en una maniobra. Pero la realidad es bien distinta. A una división, regimiento o batallón se le ordena marchar hacia un punto concreto. En general, la división o el regimiento llevan a cabo su misión hasta el final. Sin embargo, estas grandes unidades del ejército siempre tienen largos convoyes que conducir recorriendo carreteras difíciles, soldados agobiados por sus mochilas y armas que hay que arrastrar por el barro. Esa es la realidad y todo se hace de forma desordenada. Esto ocurre sobre todo después de las grandes batallas, cuando los soldados, agotados y ya acostumbrados a las condiciones de la guerra, ya no temen perderse y, por tanto, son menos propensos a permanecer en columnas regulares.

Antes de llegar a Lozengrad, durante la travesía del distrito de Bedre, todo transcurrió según lo previsto. Sin embargo, después de Lozengrad, durante la marcha hacia Lüleburgaz, el orden ya no se respetó, no sin graves inconvenientes como demostraron los hechos más tarde. Nuestro regimiento se mezcló con otros cuatro y el mando fue prácticamente depuesto, dispersado quién sabe por dónde. En efecto, durante toda esta fase de la batalla no logré ver al comandante del regimiento. Mi pelotón también desapareció y me encontré al mando de un centenar de soldados de varios regimientos. Teníamos una confianza inquebrantable, alimentada por los rumores, que circulaban por todas partes, de que otras de nuestras unidades actuaban de común acuerdo con nosotros. Se decía que eran fuerzas considerables, pero su ubicación y composición seguían siendo un misterio para los soldados, e incluso para mí. Pero la falta de información no nos pesaba porque estaba compensada por la sólida certeza de que avanzábamos en la dirección correcta.

- ¿Y si pudiéramos comunicarnos entre unidades? Bueno, ya le he dicho que ni siquiera podía averiguar dónde estaba nuestro comandante de regimiento. Además, ¿cómo podíamos mantener comunicaciones regulares entre regimientos que estaban todos dispersos, mezclados y sus comandantes aislados? Teníamos la impresión de que el ejército se movía por su cuenta, de forma totalmente espontánea. En realidad, esta espontaneidad sólo afectaba a determinados grupos de unidades y columnas del ejército. En su conjunto, el ejército se movía correctamente y en la dirección adecuada. Dentro de esta gran masa de hombres, había algunos que sabían adónde ir y todos los demás les seguían. ¿Cree usted que, en tales condiciones, se podía ejercer un control adecuado sobre los soldados y que el cobarde no tenía problemas para evadirse del campo de batalla? No sabría decir si hubo intentos de ese tipo. Pero no creo que hubiera sido posible. El plan estratégico no es conocido por el soldado que, además, no tiene ni idea de dónde está el enemigo. A la derecha, a la izquierda, delante y detrás, están sus compañeros de armas: el individuo se aferra al grupo, tiene miedo de alejarse y, le guste o no, va a luchar...

- En los manuales tácticos, todo está planeado, todo está previsto: las tropas están aquí, el comandante está allí, las posiciones enemigas están a cierta distancia y un

movimiento envolvente por el lado lleva un tiempo determinado. En el tercer día de la guerra, puede que incluso en el segundo, apenas quedaba nada de eso. No digo que la táctica y la teoría sean superfluas. No, habría anarquía si no hubiera formación previa. Si se inculcan a los soldados las normas básicas de organización y el concepto de orden, el sistema consigue sobrevivir, a pesar de la espontaneidad aparentemente caótica. Pero la diferencia entre las abstracciones matemáticas de los manuales y la estricta realidad del movimiento y la lucha es enorme. Un reservista, al que había entrenado durante unos veinte días antes del inicio de la campaña, se me acercó durante la marcha y me dijo burlonamente: “Las cosas no están saliendo exactamente según lo previsto, ¿verdad, comandante?”

- Entramos en Lozengrad sin luchar. Los lugareños nos dieron una calurosa bienvenida. El comunicado oficial no había exagerado en ese punto. Los turcos se fueron antes de que llegáramos. En las puertas de las casas de los cristianos se habían dibujado cruces, a veces de colores tan vivos que saltaban a la vista. Estaba claro que seguían aterrorizados. Muchos cristianos que antes llevaban fez lo habían tirado y, al no tener otro tocado, iban con la cabeza descubierta.

- Nuestro regimiento permaneció en Lozengrad no más de dos o tres horas. Tras un breve descanso, nos dirigimos a Kavakli. Los turcos habían pasado tres horas antes. En medio del pánico y la confusión, habían abandonado sus víveres y toda su munición. Tengo que decir que después de Lozengrad, resistimos gracias a la comida que tomamos de los turcos. Luego nos dimos un día y dos noches de descanso en Kavakli. Desde allí, hicimos una expedición de unos quince kilómetros, con el fin de interceptar dos columnas turcas que se decía estaban en marcha hacia Andrinópolis. No las encontramos, es probable que se tratara de tropas búlgaras. El destacamento enviado a explorar por la artillería debió confundirlas con turcas.

- Fui herido el primer día de la batalla de Lüleburgaz. La tarde del día 15 tomamos posiciones; por la mañana, un lunes, comenzó el combate a las cinco y media de la tarde, y fui herido. Sucedió así. El destacamento bajo mi mando, un batallón y medio, tal vez dos juntos, entabló una escaramuza con los turcos que se habían refugiado en un pequeño bosque. Los hicimos salir y luego avanzamos y conquistamos la aldea de Karaağaç. Los turcos ya habían huido incluso de allí. Más lejos estaba la montaña. Di la orden: “¡Adelante, hacia la montaña!”.

- Los hombres empezaron a subir en pequeños grupos. No tenía ni idea de quién estaba a nuestra derecha o izquierda, sólo sabía que teníamos que llegar a la cima de esta montaña. Tampoco sabía lo que pasaría una vez allí. Al principio de la escalada, me quedé en la retaguardia para mirar a nuestro alrededor y asegurarme de que no había destacamentos turcos detrás de nosotros. Cuando llegamos a la cima, algunos de nuestros soldados dieron caza a los turcos que huían a toda velocidad. Pude seguir la escena a simple vista. Fui alcanzado por una bala, pero, naturalmente, no pude saber de dónde procedía ni quién la disparó. El turco que abrió fuego tampoco debió darse cuenta de que había alcanzado a alguien, porque debía de encontrarse a una distancia de al menos 400 metros.

- Como puede ver, la bala entró por aquí, por el lado izquierdo de la cara, cerca de la nariz, y salió cerca de la oreja derecha. Tras el disparo, caí de cabeza, sorprendido. Mientras caía, pensé: “Esto es una herida mortal”. Pero lo pensé, digamos, de forma distante, como si no me concerniera. “Me estoy muriendo, así que esto es el fin”. Lo único que me preocupaba era que ocurriera de un modo tan simple, que no se me pasaba por la cabeza ningún pensamiento elevado, salvo que era una lástima. Sólo más tarde sentí el dolor, que era muy fuerte, pero no por donde había entrado la bala, sino por donde había salido. A decir verdad, estaba convencido de que la bala me había entrado por el lado

derecho de la cabeza, detrás de la oreja. Había perdido tanta sangre que se había formado un charco en el suelo. Unos minutos más tarde, me levanté, saqué un rollo de gasa y me vendé lo mejor que pude...

Miré a mi alrededor en busca de los camilleros. Pero el problema era que los camilleros entraban en acción demasiado tarde. Los heridos estaban exasperados, y con razón. Los turcos habían desaparecido, ya no había peligro, y sin embargo no había ni rastro del personal médico. Sólo aparecen después de dos o tres horas, a veces incluso más tarde. Entiendo que hay una razón para esto. El personal médico no permanece bajo el fuego enemigo, sino fuera del campo de batalla. No saben, como los combatientes, que no hay salida, que cada bocanada de aire conlleva la amenaza de la muerte. Sólo sabe que hay hombres muriendo no lejos de donde él está, y esto provoca en él un reflejo de autoconservación. Tiene miedo de caer bajo el fuego enemigo, eso es todo. Los peores instintos afloran en una situación así. En lugar de ayudar a los heridos, algunos camilleros desnudan a los muertos. Es absolutamente vil y, sin embargo, si a los mismos hombres les das un fusil y los pones en primera línea, luchan tan bien como los demás y cargan con ellos, a bayoneta calada. Qué extraña criatura es el ser humano. Sería una tontería creer que los 200.000 soldados son héroes, incluso en los hombres más heroicos no todo es heroísmo. El heroísmo militar, al menos en las guerras actuales, es un fenómeno de masas. Una tropa puede realizar actos heroicos, pero eso no significa en absoluto que cada soldado, cada oficial, considerados individualmente, sea un héroe. El ejército en su conjunto debe saber por qué lucha y hacer suyo el propósito de la guerra. Eso es suficiente. El heroísmo surge entonces de las circunstancias de la propia guerra.

- Usted me pregunta ¿por qué mis hombres no vinieron en mi ayuda, dado que no había un camillero a la vista? Porque está prohibido. Los soldados deben luchar hasta ser heridos. Si se le permitiera socorrer a los heridos, nadie llegaría a la línea de fuego. Más tarde, mientras me tambaleaba por el campo de batalla, uno de mis hombres me cogió del brazo y me acompañó a una unidad médica. Pero ya habían pasado seis horas desde que me hirieron. Me desinfectaron la herida, me vendaron y me enviaron a Lozengrad con otros heridos.

- Estar tumbado en un carro, con el continuo crujido y ruido de decenas de carros, es más angustioso que la propia herida. Este ruido ha tomado el relevo del crepitar de la ametralladora en mi cabeza, y puedo asegurar que la ametralladora hace un ruido muy desagradable. Al principio, disfrutaba de este ruido regular, constante y continuo en el campo de batalla... Pero luego empezó a molestarme. Cuanto más lo oía, peor me sentía. Te desgasta, te pone de los nervios hasta que no puedes soportarlo más. Es un sonido continuo, sin pausa ni vacilación... ¡Maldita mecánica! No hay nada humano en ese ruido. Tac, tac, tac, veinticuatro horas sin descanso. Los cañones son mucho más humanos. El estruendo que oyes implica un gesto vital. Sabes que alguien, en algún lugar, ha tirado de una cuerda. La ametralladora, en cambio, no tiene alma, es una especie de *perpetuum mobile* de la matanza. Escupe balas y causa la muerte; no se puede imaginar nada humano detrás de ella. Eso es lo más terrible.

- ¿El miedo? No, no se siente miedo durante el combate, o digamos que no lo sientes cuando estás bajo fuego. Pero antes y después, estás muerto de miedo. Es un miedo similar, pero obviamente mayor, al que sientes cuando esperas un examen o te preparas para dar un discurso en público. Durante la movilización, nadie quería ir al frente. En ocasiones solemnes, cuando la gente sentía, veía y gritaba al unísono, entonces sí, había un gran entusiasmo. Pero, en las conversaciones cara a cara, te dabas cuenta de que todos hubieran preferido no beber ese cáliz de amargura. Algunos hablaban en tonos que me alarmaban. Estos hombres, me dije, no podrán resistir el choque del primer ataque. Pero después las cosas fueron de otro modo. El miedo desapareció y la indiferencia ocupó su

lugar. Los hombres temerosos y nerviosos a veces tienen momentos en los que pueden realizar actos verdaderamente heroicos.

- El miedo tiene una función en la vida humana. Es la reacción psíquica del cuerpo ante una amenaza. Pero si el peligro es permanente, si no hay forma de evitarlo, si, de un momento a otro, cada centímetro cúbico de aire puede cargarse con una bala, entonces el miedo deja de ser útil. No salva el cuerpo; al contrario, lo destruye. Por tanto, es sustituido por la indiferencia que, en cierto modo, sirve de defensa psicológica.

- No se tiene miedo en la batalla. Más bien te invade una especie de languidez y fatiga nerviosa... El cañoneo comienza al amanecer con su estruendo y continúa sin cesar. Sale el sol, caminas, te sientas, te acuestas y el cañoneo te persigue todo el día, hasta el anochecer. A veces incluso continúa durante toda la noche. Vives con él y no puedes escapar de él, ni siquiera por un momento. Seguro que ha estado usted en campo abierto durante una tormenta. Los truenos retumban sobre su cabeza, los relámpagos relampaguean y no tiene usted ningún refugio, ningún lugar donde esconderse.

Imagínese un peligro mil veces mayor, con un rayo cayendo sin cesar sobre el suelo. Imagínese durante una hora, dos horas, doce horas, veinte horas, día y noche... El miedo, como reacción a un peligro mortal, desaparece, pero la languidez de la fatiga penetra en todo el organismo, músculos y huesos. Se siente una fatiga terrible, insoportable... El cañoneo es tan anónimo como el retumbar del trueno. La muerte se cierne, salvaje e incontrolable, asaltándole por la derecha y por la izquierda. Susurra, sisea, se precipita, envuelve en un remolino de aire caliente, arranca la tierra de debajo de los pies, se estrella inexorablemente contra uno. Y cuando termina el día, se dice: ya está, no podemos seguir así. Pero pasa otro día, y otro. Y acaba uno deseando encontrarse cara a cara con el enemigo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: *Trotsky inédito en internet y en castellano*



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)